

LO MÁS GRANDE ES SER PEQUEÑO

Uno no es pesimista sino un optimista bien informado.

Yo soy optimista por naturaleza, porque soy bajo en estatura. La gente baja tiende a ser optimista porque solo puede ver la parte de la botella que está llena y no llega a ver la parte vacía.

THOMAS L. FRIEDMAN
Optimista preocupado, 2003

A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos para evitarlo.

JEAN DE LA FONTAINE

Esta es la historia de alguien que quería ser como los demás y tanto se empeñó en conseguirlo que al final fue mejor que todos.

Corría el siglo XIV y poco más y nos encontramos en las tierras del condado de Cardona, una de las fortalezas más importantes de Cataluña, construida en el año 886 por Wifredo el Velloso. De estilo románico y gótico. Durante el siglo XV, los duques de Cardona fueron la familia más importante de la Corona de Aragón, sólo por detrás de la Casa Real. Por esto se los denominaba reyes sin corona, pues disponían de extensos dominios territoriales en Cataluña, Aragón y Valencia, y vínculos dinásticos con las casas reales de Castilla, Portugal, Sicilia y Nápoles. No obstante nuestro cuento empieza unos años antes, en la mitad del siglo XIV y antes de las epidemias de peste que castigaron a gran parte de Europa.

Apenas despuntaban los primeros rayos de sol cuando Mario, empezó a sacar la cabeza que mantenía escondida bajo una triste manta que le protegía del frío invernal que se clavaba en cada uno de los poros de su piel, sacó primero una mano y después la otra como poniendo a prueba su resistencia ante el helor que acompañaba los amaneceres de pleno invierno, antes de que las campanadas de la colegiata empezaran a sonar, tenía que haber encendido el fuego y acercar el puchero que prepararía el cuerpo para las primeras horas de la mañana, pero aquel era un día importante para él, quizás decisivo, porque había tomado una decisión fundamental en su vida.

Mario vivía en la pequeña aldea que rodeaba la muralla baja del castillo, a pocos metros de la montaña salada que daba al pequeño valle bañado por el río Cardener que daba nombre a la villa.

Era el más pequeño de cuatro hermanos, todos varones y pertenecía a la clase más baja de aquel reino feudal que muchos desearon ignorar, quizás porque correspondían a un pasado muy previsible en el que el poder se repartía entre los nobles y la iglesia y en el que no había más que lo suficiente para sobrevivir en aquellos años pues, la media de edad de supervivencia apenas superaba los 40 años, salvo ciertas excepciones que se correspondían con las clases altas, algunos artesanos y clérigos, no había más, puesto que nadie poseía tierras excepto el señor feudal, quien además tenía derecho sobre la vida y actos de sus súbditos.

Y en este entorno tan esperanzador había nacido Mario. Según contaba su madre, había heredado casi todos los defectos de su humilde familia conocida por allí, como *Cal Tort* (en aquel tiempo, toda la clase popular se nombraba con apodos o motes que siempre tenían relación con algún antepasado).

Ellos eran conocidos como *Cal Tort* porque un antiguo pariente que había sido escudero, perdió un ojo por un descuido manejando los halcones. Lo cierto es que Mario no era el bebé rollizo que todos esperaban, sino todo lo contrario, pequeño y débil y además contraía todas las enfermedades, aunque siguió sobreviviendo. Cuentan que cuando nació era tan poca cosa que todos pensaban que estaba muerto o lisiado, y lo arrojaron a un cubo, se ve que con el impacto rompió a llorar y así malamente lo recogieron en una palangana, también dicen que nació azulado, quizás como consecuencia de haberse comido sus propias heces.

Su madre, María, que trabajaba en un taller de curtidos y debía ocuparse de los otros, lo llevaba pegado en un atillo a la espalda como si fuera un chinche, el mejor bálsamo al que aspiró fue el olor de la sosa cáustica que se fue incrustando en la piel, tiñéndola al tiempo con un tono amarillento, que al contraste con su color azulado, le dio un aspecto verdoso, supongo que era lo más parecido a un sapo o a un marciano, claro que aún faltaban algunos siglos para que naciera Galileo y nadie sospechaba siquiera que existía Marte.

Su infancia tampoco fue nada fácil, toda vez que en aquel tiempo no existían las escuelas, tal como las entendemos en la actualidad, pues los clérigos, que representaban la única gente culta, sólo se ocupaban de las clases pudientes, la nobleza, caballeros, damas de alcurnias y otros hombres de Dios, por decirlo de alguna manera.

Al no existir la escuela, Mario se movía por la calle normalmente sólo, pues nunca tuvo amigos y su aspecto pequeñito, verde y casi deforme era suficiente argumento para que la gente lo rechazara o lo ignorara; esta forzada falta de comunicación con los demás, convirtió a Mario en un chico curioso, se paseaba por los mercados, observaba todo lo que pasaba y preguntaba continuamente, aunque la mayoría de las veces nunca obtuvo respuestas; como no sabía escribir tuvo que grabar en su memoria todos sus descubrimientos y en la misma medida que menguaba su estatura siguiendo la escala de los niños de su edad, aumentaba su capacidad de percepción, lo observaba todo, trataba de escuchar todas las conversaciones y tenía una respetable capacidad para la observación, lo que le permitía también retener tantas imágenes, opiniones y definiciones en su memoria.

Si queremos hacernos una imagen de Mario, debemos pensar en un niño cabezón, de brazos y piernas cortas, con ojos grandes y orejas de soplillo, actualmente diríamos que podría ser un tipo interesante, pero en la edad media se le veía como un error de la naturaleza y sólo podría aspirar a ganarse la vida como lazarillo de un ciego o como bufón, suponiendo, claro que está, que fuera capaz de hacer reír a los demás.

Cuando empezó a andar y deambular por las callejuelas, la gente sonreía al verlo pasar tan decidido e inofensivo, pues no era más alto que la mayoría de perros que corrían y él se atrevía a perseguirlos a todos; con los chicos de su edad la cosa iba algo peor, es sobradamente conocida la crueldad extrema de los niños entre unos y otros y las bro-

mas pesadas se sucedían, en realidad, Mario quería ganar amigos ya que necesitaba comunicarse y siempre se mostraba abierto y confiado, lo que le ocasionó muchos disgustos.

Cuando no le pegaban, lo perseguían, en los juegos siempre le tocaba la peor parte, hacía lo que nadie deseaba hacer y le engañaban a menudo. En aquellos tiempos era costumbre que los mozalbetes villanos, hicieran pequeños recados a tenderos y artesanos a cambio de alguna moneda de cobre. Mario fue mensajero precoz y probablemente inventó este digno oficio. Aunque él casi siempre se salía de todo y llegaba a todas partes, no siempre conseguía que las monedas llegaran hasta su casa para entregarlas a su madre, pues, a menudo, sus propios compañeros de calle se las pedían con alguna excusa y se las robaban.

En su casa la vida no fue ni mucho menos un jardín de rosas, tuvo que soportar el odio de su padre Jaumot, un peón carretero que apenas hablaba, aunque rechinaba los dientes y olía a estiércol de vaca, aunque lo peor es que, aprovechaba cualquier excusa para pegarle, además nuestro amigo, debía aguantar las burlas y el desprecio de sus tres hermanos que simplemente lo ignoraban. Mario tuvo que sufrir que nadie le dirigiera la palabra y tuvo que aprender a la fuerza el valor del silencio, se batió con la soledad y durante años sólo ahogaba sus penas en un mar de lágrimas y refugiado en el último rincón del camastro que tenía que compartir con dos hermanos mayores, aunque a él le tocaba dormir abrigado con el hedor de los pies *fraternales* que sólo se lavaban en los días de lluvia.

Mario estaba prácticamente sólo en este mundo, rodeado del desprecio de todos, sólo tenía cierto alivio cuando estaba cerca de su madre, pero su mirada tibia y nostálgica, le recordaba mucho más la compasión que la aceptación que conlleva el cariño maternal; poco a poco fue descubriendo que su vida contaba muy poco para los demás, ya que nadie creía en él de verdad.

Durante los años que le llevaron hasta la adolescencia, Mario se dio cuenta de que su relación con el entorno apenas mejoraba, huía de su casa por las mañanas para perderse en las pequeñas calles de la aldea, deambulaba de un lado a otro buscándose la vida y algo de alimento que ganaba sobradamente atendiendo con diligencia y rapidez, cuantos menesteres de poca monta le fueran encomendados, del mismo modo trajinaba sacos de patatas subiendo los adoquines de la vía que lleva-

ban a las despensas del castillo, que limpiaba los enseres de cualquier puesto del mercado.

En realidad, no le preocupaba demasiado aprender ningún arte ni oficio concreto, pues todo lo que se movía a su alrededor merecería su atención, nunca paró de observar una lucha callejera, gracias a su justa estatura se colaba en todas partes, escuchaba mester de juglaría, merodeaba con los gitanos, asistía a transacciones imposibles, sabía despellejar ovejas o conejos e identificaba muy fácilmente todos los sonidos de su alrededor, de hecho sus orejas de murciélago algo desproporcionadas y con grandes pabellones, delataban antes que a otros lo que ocurría a su alrededor.

No obstante, cuando al atardecer regresaba a su casa, debía soportar las continuas burlas de sus hermanos Juan y Arnau y además, la indiferencia de su padre. Mario no recordaba un solo gesto de afecto por parte de ellos en los primeros diez años de vida y su madre, estaba siempre agotada, él la ayudaba todos los días cuando todos se levantaban de la mesa, recogiendo y lavando los platos en el pequeño lavadero que se encontraba al lado de la casa, ya que obviamente no existía agua corriente.

Los días pasaban despacio, casi tanto como su crecimiento, en aquel tiempo y después de la pubertad (sobre los 14 años) era costumbre en las aldeas pobres que los niños se fueran de casa para iniciarse como aprendices en algún oficio, o simplemente para buscarse la vida, por ello no constituyó ninguna sorpresa cuando poco antes de cumplir esta edad, anunció en algún día previo a las navidades del estrenado siglo XIV, esto sí, ante la absoluta indiferencia de todos, y una tímida mirada entre compasiva y conformada de su madre, que quería irse hasta Barcelona para trabajar como aprendiz en la construcción de edificios, ya que según contaban los buhoneros en los días de mercado popular, allí se construían muchas casas y palacios detrás de las murallas y también fuera de ellas. La verdad es que todos los habitantes del humilde caserón familiar tomaron los deseos de Mario con total indiferencia, quizás sus hermanos pensarían en su interior que de esta forma, mejorarían su existencia, evitando compartir el poco espacio disponible y a lo mejor su padre pensó que era una carga menos.

Pero la verdad es que nadie se inquietó demasiado, ni siquiera su madre, que lo miró con cierta lástima y quizás un hilo de tristeza. Pero en realidad nadie le preguntó directamente ni tampoco le dieron nada.

Así pues, se preparó un pequeño hatillo, con un zagal, una escudilla y un cuchillo y su manta raída que plegó cuidadosamente como si se tratara de un paño de seda, lo ató a un cayado que le servía para llegar a los estantes más altos y salió de casa, cuando el sol ya había abierto sus brazos y el viento de la mañana ululaba entre la montaña acercándole el olor de salitre y potasa tan familiar.

Mientras seguía el camino hacia el sureste que le llevaría hasta el puente, se giró un instante para contemplar la majestuosidad del castillo que le había visto nacer, su imagen grandiosa y desafiante respiraba seguridad por todas partes, no obstante —pensó para sus adentros— el sigue inalterable mientras los hombres que lo construyeron están todos muertos. En realidad y probablemente debido a su baja estatura sentía veneración por la arquitectura señorial, aunque nunca la había conocido del todo pues nunca sirvió en él, y sus pequeñas vistas no traspasaban jamás la cocina en donde depositaba las pesadas cajas de verdura que debía trajinar con sus pequeños aunque fuertes brazos.

Ensimismado en sus pensamientos casi tropezó con un bulto humano que estaba al lado del camino, se acercó y descubrió el rostro de una mujer vieja que estaba encogida como rezando o ¿sería por el frío? La había visto otras veces, era conocida como Zaima, la hechicera, y a menudo deambulaba por la aldea pidiendo limosna pero todo el mundo la esquivaba, nadie sabía exactamente donde vivía, ni tampoco como podía sobrevivir, nunca hablaba con nadie y llevaba cubiertos los cabellos con un velo negro, lo que contribuía a infundir en ella un aire de misterio a su persona, tampoco sabía de donde había venido, en realidad era tan compañera de soledad como él mismo, por lo que decidió darle su propia manta, porque pensó que la necesitaba más que él.

—Perdonadme casi os atropello, estaba despistado, se excusó Mario, al tiempo que desplegab su raída manta sobre los hombros de la anciana.

—No te apures, no estabas despistado, simplemente estabas dentro de ti, soñando en palacios ajenos —le replicó la vieja.

—Guarda la manta contigo y llévala siempre aunque consigas una mejor, porque te recordará siempre de donde vienes, a mí ya no me hace falta.

Mario se quedó turbado y perplejo como si se sintiera espionado en sus recónditos pensamientos y la vieja prosiguió —no construyas tus sueños fuera de ti, porque tú eres el mejor proyecto de tu vida.

Mario reaccionó y traicionando su conciencia más íntima replicó:
—Señora, aquí nadie me quiere, soy pequeño, feo, desgarrado y pobre, debo irme y encontrar mi destino en otra parte.

—Solo tú eres dueño de tu destino y la belleza vive en tu interior, confía en ti mismo porque es lo único que tienes.

Después añadió, —toma esto, míralo todas las mañanas y te sentirás mejor. Dicho esto alargó la mano y envuelto en un trapo de terciopelo fino, le dio un objeto redondo y plano que casi abarcaba la palma de su mano.

—Mírate en él sólo cuando desfallezcas y te sentirás mejor, cuando ya no te haga falta lo entregas a otra persona que pueda necesitarlo, porque sólo tiene valor aquello que es compartido y ahora sigue tu camino.

Mario, guardó en el bolsillo el objeto misterioso y prosiguió su camino advirtiéndole que el sol ya iluminaba todo el valle del Cardener, sintió una tremenda paz en su interior y una alegría probablemente absurda pero que renovó sus ánimos y empezó a andar más de prisa.

Durante el camino que bordea el río, se cruzó con carretas que iban a los campos cercanos, —el camino hasta Barcelona era largo y normalmente se recorría en tres jornadas a pie, a caballo se tardaba casi un día—. Muy cerca de la villa de Manresa paró a descansar en una fuente y comió un trozo de pan casi seco y algo de tocino y llenó de agua la escudilla, se sentó a observar el paso de la gente que entraba y salía de la villa.

En aquel tiempo la villa de Manresa, era ya un centro importante de comercio, de hecho el Rey Pedro III la había convertido en ciudad y había decretado la construcción de una acequia que aseguraría el regadío y agua potable para sus habitantes. Esta canalización ha llegado hasta nuestros días.

Después de la forzada pausa, Mario decidió entrar en la ciudad, traspasó la muralla de sobrerroca y fue hasta la plaza Mayor. Era día de mercado y las calles adyacentes estaban muy animadas, pasó un tiempo observando ensimismado el tráfico de hombres, carros y animales y al poco descubrió un viejo carretero que apenas podía cargar algunas cajas en su carreta. Sin pensarlo, se dirigió hacia él para ayudarlo, el pobre hombre sonrió agradeciendo la actitud del joven, pero pensaba que un chico tan pequeño difícilmente podría cargar aquellos pesados bultos mayores que él.

No obstante, pudo comprobar la formidable destreza del joven que sopesaba antes cada bulto y se ayudaba con un listón como palanca para facilitar la carga.

—¿Cómo aprendiste a hacer esto? —inquirió el carretero.

—¿El qué? —contestó el joven.

—Eso, cargar así, mientras señalaba con el dedo los bultos, siguió el carretero.

—Bueno, es lo lógico, trato de buscar el sistema más fácil, para ello debo ver cómo se compensan los pesos y me ayudo de la palanca porque si sé encontrar el punto exacto, debo hacer la mitad del esfuerzo.

Eso le dijo Mario, mientras seguía cargando el carro.

— ¿De dónde eres chico?

—Soy del señorío de Cardona señor y voy a Barcelona ¿podría llevarme hasta allí? —se atrevió a pedir Mario.

—Lo siento muchacho sólo llego a la Vila de Cavalls, si te va bien puedes subir.

Mario no lo pensó dos veces y en menos de una hora estaban cruzando el Pont Vell bordeando de nuevo el Cardener.

Durante el camino, Mario interrogó al carretero que, en realidad, era sólo un mozo de cuadra.

Se llamaba Perot y su oficio eran los caballos; trabajaba para un comerciante que disponía de varios carros que a su vez alquilaba a agricultores y artesanos para llevar mercancías a los pueblos.

Mario sabía muy poco de caballos, en su infancia los veía como animales soberbios, poderosos, quizás demasiado grandes para él, en su opinión sólo respondían al son de los azotes y su tozudez se vencía a base de palos; él pensaba que en realidad los caballos no eran más que unos animales a disposición de un jinete, un carro o un arado; habían nacido simplemente para servir y obedecer a sus amos.

Se estaba haciendo de noche y antes de llegar al punto en que el Cardener se entrega al Llobregat que viene del noroeste, improvisaron un pequeño campamento con cinco cañas bien dispuestas y unos trozos de tela gruesa embadurnada de brea para tapar los poros y encendieron una hoguera.

Perot no podía disimular su alegría por el inesperado encuentro y aunque le molestaba de alguna forma el interrogatorio al que le sometió

Mario, estaba a gusto y compartió su rancho de brezas, nabos y carne de cerdo, calentados al fuego con su joven acompañante.

De pronto y sin ser preguntado, rompió el silencio de la noche y dijo:

—Los caballos no nacieron para ser esclavos chico, ellos son muy listos conocen al hombre que los monta o los hace trabajar, es cierto que procuran ante todo ser útiles, pero si se sienten bien tratados entonces responden con nobleza.

A Mario no se le ocurrió qué decir...

—¿Pero los animales piensan?

—Naturalmente muchacho, todos los seres vivos piensan, están aquí para cumplir un destino y los humanos somos dueños de todo, pero simplemente para servirnos justamente lo que necesitamos, no hace falta maltratar a nadie para que te sirva, sencillamente hay que saber convencerle y para ello hay que conocerlo.

Mario estaba admirado de lo que decía aquel hombre, en realidad no estaba acostumbrado a hablar con nadie, no había tenido maestros, ni amigos, ni padre, sus relaciones siempre fueron de dependencia y de mandato, trae eso, lleva lo otro hasta aquí, ¿quieres ganarte una monedas?, entrega lo de más allá. Todo eso era el diálogo que había conocido hasta ahora.

Por primera vez Mario se sintió respetado, alguien le contaba cosas y él lo contemplaba ensimismado, por eso y sin dejar acabar al carretero, le interrogó de nuevo.

— ¿Y eso cómo se consigue? —preguntó.

—Pues hablando y escuchando hijo, como todo en la vida, si quieres conocer a alguien simplemente pregúntale.

— ¿Pero los caballos no hablan?

Entonces Perot explotó en una risotada y contestó:

—Sí que hablan, claro que lo hacen pero no con palabras, pero tú puedes hablarles y ellos te entienden, yo lo hago hace más de treinta años, desde que trato con ellos.

— ¿Y le contestan? —añadió Mario.

—Pues normalmente sí, excepto cuando no les interesa hacerlo, igual que nosotros, ja,ja, ja, ...

—Bueno muchacho es hora de descansar y se acabó el diálogo.

Le costó conciliar el sueño, había vivido más experiencias en un solo día que en muchos años, primero la vieja, después el carretero...

Las frases retumbaban en su cabeza como sentencias, ¡la belleza está dentro!, ¡confía en ti!, ¡construye un proyecto en tu vida!. Hablar con los animales ¡vaya tontería! y se durmió.

Una voz fuerte aunque amable le despertó —¡levanta muchacho hay que seguir! Era prácticamente de noche, sólo una breve luz recortaba la montaña de Montserrat apenas visible porque una tenue niebla lo impedía. Se alzó raudo y veloz y ayudó a Perot a desplegar la improvisada cabaña y cargarla en el carro. A los pocos minutos enfilaban de nuevo el camino que había de atravesar los puertos del Castellvell en las laderas de las montañas de Montserrat y bandear por la ermita de San Salvador siguiendo siempre el curso del río.

Se despidieron en la Vila de Cavalls con el sol ya en lo alto y después de subirse a un carro que le había buscado Perot y le llevaría hasta El Poble Sec.

La ilusión por ver el mar por primera vez en su vida, no le impidió a Mario su sesión diaria de preguntas, cada vez que el pobre carretero azuzaba con la vara el caballo, Mario replicaba: —No hace falta pegarle, él le entiende, sólo debe hablarle señor y conocerle.

El hombre miraba con recelo a aquel loco pequeñajo, preguntón y demasiado desperto para su edad, sin entender nada.

Finalmente y casi sin luz llegaron hasta las laderas de una inmensa roca conocida como el «monte de los judíos», desde allí mirando hacia el norte se dibujaban las siluetas de las reales atarazanas y la muralla del sur, enfrente a levante un inmenso lago que se perdía a lo lejos, mientras en su regazo grandes balsas con palos y velas, con cuerdas y bultos y hombres minúsculos —así se veían de lejos— que andaban de un lado a otro, afanados en guardar sus cosas antes del ocaso. Mario estaba realmente excitado, se descolgó del carro agradeciendo sinceramente el transporte y casi al trote se dirigió en dirección al mar, había llegado a Barcelona.

En aquellos tiempos Barcelona era una ciudad amurallada, para defenderse de los piratas y formaba parte de la revolución comercial y económica que supusieron diferentes ciudades mediterráneas. La oligarquía económica barcelonesa se alió con los condes, contribuyendo a financiar las conquistas de Valencia y Mallorca por Jaime I. En correspondencia, el monarca crearía el Consejo Municipal que evolucionaría hasta nuestros días como *El Consell de Cent*.

Barcelona se consideraba la capital más importante del condado, sólo superada por el condado de Cardona, al que pertenecía Mario.

Con paso firme Mario entró en Barcelona por la puerta del Sur y desde la costa, la primera imagen que descubrió fue la del puerto y el trajín de gente que se movía entre los almacenes y las casas. Le llamó la atención contemplar a sus espaldas una larga explanada y un laberinto de calles que se perdía hacia poniente, hacia una montaña que se vislumbraba a lo lejos a su derecha y en dirección norte pudo descubrir la silueta de una gran catedral, mucho más alta de lo que había visto jamás. La oscuridad de la noche y el fuerte olor a pescado, sal y mar le hicieron buscar refugio en algún portalón, tenía hambre y gastó alguna moneda comprando una hogaza de pan y un trozo de pescado salado, cuando acabó de comer, le dio la impresión de que se había tragado un trozo de esparto. Tenía sed y el odre de agua estaba seca, así que instintivamente se fue hacia el mar y bajó por la escalera de madera, metiendo el cuenco de la mano en el agua y lo llevó a la boca, escupiéndolo en el acto, jamás había probado agua salada.

Empezamos mal, pensó y corrió hacia la ciudad sin saber exactamente lo que buscaba, así andaba perdido cuando tropezó con unos hombres altos y fuertes que estaban hablando protegidos por una capa.

— ¡Por todos los diablos! ¿De dónde has salido tú? —le dijo uno de ellos mirándolo con curiosidad.

—Perdón señor me llamo Mario y vengo desde las tierras de Cardona a buscar fortuna.

La frase le salió a Mario, tan redonda, entera y decidida, que los hombretones se miraron entre sí y echaron a reír.

—Pareces muerto de frío, tómate algo con nosotros, pequeñajo, le dijeron mientras lo empujaban hacia una taberna.

Mario, ya conocía la taberna de la aldea, en la que se juntaban algunos hombres después del trabajo para beber vino, jugar con cartas o dados y pellizcar a rollizas sirvientas, seguramente de pocos escrúpulos, que servían y rondaban por allí.

Era un espectáculo realmente bucólico, un ambiente cargado, humeante, muy sonoro y en el que se mezclaban los olores del aceite quemado con el vino agrio, orines, cuero viejo y mucho olor de humanidad, pues allí en la más completa tolerancia, la gente eructaba y escupía en unas grandes escudillas de cobre, pero con escaso acierto.

A la luz del quinqué pudo contemplar las caras de aquellos dos hombres que lo habían *rescatado* del mal trago salino; uno de ellos tenía un corte de la frente a la mejilla y le faltaba un ojo, dándole un aspecto agresivo, aunque probablemente no lo era; el otro hombre tenía la cara regordeta, el mentón salido y la nariz chata como un cerdo. Sin pensarlo demasiado se tomó el vino percatándose que era ácido y vulgar y al ingerirlo le abrasó la boca y se puso a toser, pero después, el segundo trago alivió el susto del primero.

—Así que has venido a buscarte la vida —infririó el *caracortada*.

—Pues sí, eso parece, respondió Mario.

— ¿Y qué sabes hacer, por ventura?

—Pues hacer recados, preparar pucheros, limpiar cacharros y también curtir pieles.

El relativo interés de aquel hombre —nadie le había preguntado antes estas cosas— hizo que Mario le contara parcialmente su vida.

Ellos le confesaron que vivían cerca del puerto y se ocupaban de cuidar los almacenes de mercancías de un rico hacendado que comerciaba con otros puertos del mediterráneo hasta las tierras sagradas de oriente. El más alto, *caracortada*, se llamaba Rolando y resultó ser un ex mercenario, se había embarcado en muchas batallas, incluso había llegado hasta Constantinopla acompañando a los almogávares de un tal Roger Trencapins.

El otro, se llamaba Julius, había trabajado de escudero de un caballero noble que murió y en los últimos años se había convertido en inseparable de su amigo Rolando.

—Yo voy donde él vaya, yo sufro lo que él sufre, mi espada está al lado de la suya, compartimos casi todo hasta el vino y las mujeres.

Y se echaron ambos a reír mientras se golpeaban amistosamente.

—¿Quieres trabajar? Pues tendrás trabajo muchacho.

—¿Dónde vas a dormir? —prosiguió Ronaldo.

—No sé, pensaba meterme en un portal.

—¿Con este frío? Anda ven con nosotros tenemos un sitio en el que al menos estarás a cubierto.

Cuando Mario entró en la cuadra, recordó lo que le había dicho Perot, el carretero, sobre los caballos y se prometió hacerle caso, los hombres le dejaron un candil junto a un cubo de agua y le enseñaron un lecho de paja en el que podía tenderse y dormir.

—Mucho cuidado con la lumbre, eso es paja, —le advirtieron.

Por primera vez en su vida Mario, dejó de sentirse sólo, sería por la compañía de los caballos en la cuadra o porque por primera vez en su vida tenía amigos, lo cierto es que aquel lecho de paja le pareció una cama de rosas y se durmió en el acto apretando entre las manos el extraño amuleto de la vieja, que aún no había abierto, apagó el candil y se durmió.

Le despertó el rechinar de los caballos que se excitaban con la presencia de unas hogazas de hierba fresca que les habían dejado, se desperezó como pudo blandiendo las manos, pero sin darse cuenta tropezó con el cubo de agua que se le echó encima, aclarándole las ideas de golpe.

Vio que la puerta estaba cerrada desde fuera y no podía salir, miró a su alrededor hasta encontrar una rendija de luz justo en los comederos de los caballos y como era pequeño pudo colarse y salir afuera.

Había amanecido un día fresco y algo nubloso, tenía hambre y aún le quedaba alguna moneda, por lo que empezó a deambular buscando algo de comer en las mesas que se empezaban a preparar en la calle para vender mercancías, estaba en medio de una calle ancha rodeada de casas con fuerte olor de pescado, se sentía algo inseguro porque todo era nuevo, entonces noto en el bolsillo el bulto de su amuleto, lo descubrió del terciopelo que lo envolvía y vio que se trataba de una especie de lente metálica, tan brillante que podía reflejarse en él, se miró en el objeto y súbitamente retrocedió unos pasos, volvió a mirarse como certificando que la persona que aparecía en el espejo era él mismo, observó sus mismos ojos, su cara era la misma pero más alargada, sus orejas se habían aplanado, efectivamente era él, pero se gustaba mucho más, fue una experiencia curiosa y recordó las palabras de la vieja, «debes confiar en ti, tu eres tu proyecto».

Se sintió fuerte, poderoso, importante y lo fue aún mucho más, después de zamparse un trozo de pan recién hecho en un tenderete ya dispuesto en el mercado, con el estómago lleno inició su inspección y descubrimiento por el mercado sin perderse un detalle, era todo parecido a su tierra natal, pero más grande.

Se pasó casi toda la mañana mirando, observando a la gente, viendo transacciones comerciales entre compradores y vendedores, hasta que se fueron los ojos detrás de unas pequeñas botas de cuero que por

su tamaño podría calzarse, la verdad es que sus botines estaban mal-trechos, le salían dos dedos de cada pie, tenía frío y el viaje había acabado con lo poco que quedaba de ellos, pero no tenía más que una moneda y aquello costaría mucho más.

Detrás del mostrador había un hombre con barba y nariz aguileña, que no se había perdido nada sobre la contemplación pasmosa de la mercancía.

— ¿Te gustan muchacho? —preguntó mientras señalaba las botas y miraba a Mario.

—Sí señor —contestó.

—Pertenecieron a un infante, pero creció y le quedaron pequeños.

Mario cogió las botas reconociendo en el acto su extrema calidad, las acarició con cuidado y placer y dijo:

—Son de piel de vaca, probablemente del bajo vientre del animal, cerca de la axila, están muy bien curtidas, respetaron el color original.

El comerciante se incorporó de golpe, abrió los ojos tanto como pudo y le dijo al muchacho:

— ¿Cómo puedes saber todo eso?

—Me llamó Mario, buen señor, y pasé tres años colgado de mi madre mientras ella curtía cueros, he visto temprar, coser y ajustar cientos de botas, zurrónes y correas de cuero —contestó Mario, sin dejar de mirar las botas.

El comerciante miraba de arriba abajo a este mozalbete descarado y vestido de pena, pero que sin duda parecía espabilado y aunque le producía cierto rechazo su pobre atuendo, pensó que no dejaba de ser un comprador y él estaba para vender.

—Pruébatelas —le dijo el hombre ofreciéndole también un trozo de calza que se usaba en la época como calcetín.

En un *plis-plas* Mario se enfundó aquellas maravillosas botas que calzaban como un guante y no había tenido tiempo de quitárselas cuando oyó de nuevo la voz acuciante del tendero.

—Bueno, te costarán sólo treinta monedas —dijo el comerciante con esta mirada pícaro tan característica de la gente que se dedica a los negocios.

Mario escuchó atentamente y con suma tranquilidad contestó, —lo que vos pedís podría ser su precio cuando eran nuevas, pero ahora están usadas y no valen más de la mitad, quince sería un precio justo.

El hombre sorprendido por la seguridad y conocimiento de la materia de Mario entró en una negociación, pasando de treinta, a veinte y de allí hasta diecisiete, como último precio.

—Agradezco vuestra colaboración señor, ya que sin colaboración de las dos partes es imposible negociar, naturalmente lo que esperáis es que yo os diga dieciséis y cerraríais el trato ¿verdad?

—Bueno, depende, pues sí, balbuceó el comerciante.

—Sería lo justo señor, de esta forma vos y yo estaríamos satisfechos porque ambos habríamos conseguido algo y los dos ganamos, yo pagaría apenas lo que creía justo y vos sacarías también un buen provecho, ya que a bien seguro habréis pagado por ellas menos de lo que pedís de lo contrario no estarías dispuesto a cederlas a este precio.

—Bueno, bueno sería así probablemente, dame las dieciséis monedas y si quieres puedes llevártelas puestas.

—Aún no he tomado la decisión, señor, —replicó Mario ¿Cómo puedo pagarlas?

—Pues, naturalmente al contado dijo el tendero.

—Y ¿si no tengo tanto dinero ahora? preguntó Mario.

—Pues, entonces, ¿Por qué me haces perder el tiempo?

—Perdóneme buen señor, —siguió el joven, yo no os he hecho perder el tiempo, yo sólo miraba estas botas, os he contestado, he hablado con vos, hemos establecido un precio justo, pero nunca os he dicho que sí.

—Decir la verdad y afirmar lo justo, no creo que sea perder el tiempo Señor, ambos hemos empleado una parte de nuestro tiempo, vos haciendo vuestro trabajo que consiste en tratar de vender y yo haciendo el mío que sería tratar de comprar, ninguno de los dos hemos conseguido lo que nos propusimos, pero al menos hemos conocido nuestros puntos de vista, para saber hay que preguntar y para aprender hay que practicar.

—Entonces, nada hemos perdido ninguno de los dos —y dicho esto se marchó dejando al comerciante en sus murmuraciones.

El tono algo excesivo y lo intempestivo de la escena de un hombre vociferando a un niño que permanecía tranquilo y replicaba una por una todas las frases, no había pasado desapercibido para un hombre de cierta alcurnia, vestido con toga negra y bonete, que llevaba un collar especialmente ostentoso y que acompañado de su ayudante pasaba por allí a esta temprana hora de la mañana.

A un gesto del hombre, el ayudante llamó a Mario a su presencia, éste se volvió y se quedó casi sin habla ante la imagen solemne de aquel hombre, reconociendo en el collar a los mismos magistrados del condado que también había en Cardona.

El magistrado era un hombre culto instruido en leyes, que tenía la función de asesorar al Conde en temas relacionados con la justicia popular de sus súbditos, teniendo en cuenta que el poder absoluto ejecutivo, legislativo y judicial, era exclusivo del Conde o Noble de mayor alcurnia que actuaba prácticamente a su libre albedrío y en función de sus propios valores.

En algunos casos, normalmente en quitas y pleitos de poca cuantía derivados de lo que hoy conocemos como Derecho civil, el magistrado podía actuar como comisionado del *princeps*, por tanto del que ejercía el poder absoluto.

Los magistrados eran muy respetados en la corte y en el pueblo, salvo excepciones no participan en cuitas, batallas o combates, ya que el líder prefería tenerlos como máximos consejeros, exigiéndoseles pragmatismo y fidelidad absoluta.

Mario, se acercó tímidamente al Magistrado con la cabeza gacha, que éste levantó para verle los ojos y le preguntó:

—Cuando le dijiste al tendero ¿cómo puedo pagarlas?, en realidad ¿qué pensabas proponerle?

—Pues pagarlas con mi trabajo, señor, le hubiera dado a cuenta la única moneda que poseo, le hubiera pedido trabajo y le pagaría semanalmente una moneda hasta que los zapatos fueran míos del todo, —respondió Mario.

Y prosiguió el noble:

— ¿Para qué quieres unas botas, no hay otras cosas más importantes, como asegurarte el comer o el dormir?

—Perdón, señor, puedo comer cualquier cosa y hoy he dormido en un establo, pero si no tengo los pies bien puestos en el suelo, difícilmente podré ordenar mis ideas y proyectar lo que quiero hacer en la vida.

El noble se sonrió admirado por la soltura y la convicción de Mario.

—Y ¿qué quieres hacer exactamente?

—Espero descubrirlo mientras trabajo y hago cosas, señor, pero para ello necesito estar a gusto, no llegaré demasiado lejos si voy descalzo.

El magistrado sin pensarlo dos veces invitó a Mario a su casa. Se había dado cuenta que este muchacho era especial ya que al menos era capaz de pensar por sí mismo y explicarse, algo poco habitual en aquellos tiempos, en que la cultura estaba vetada al pueblo, muchos nobles eran analfabetos y la Iglesia estaba repleta de dogmas y una normativa muy estricta, de hecho pensar por cuenta propia era casi una herejía.

La acogida por parte del magistrado fue prodigiosa para Mario y su vida cambió en los años que siguieron. Aprendió a leer y a escribir, naturalmente compró las *dichosas* botas y conservó la humildad que le había llevado hasta allí.

Vivía junto a la antigua muralla romana y al lado del barrio del Call judío, su vida transcurría con cierta actividad, trabajaba con el magistrado quien admiraba su equidad y culto a la justicia, pero muy especialmente su extraordinario sentido común; al principio simplemente cuidaba de ordenar los archivos, mantener a punto las escribanías y atender los recados personales del magistrado, pero con el tiempo y con la instrucción de su noble maestro sintió curiosidad por el Derecho y llegó a leerse todas las actas de los pleitos de su maestro y no siéndole suficiente obtuvo permiso para leer edictos, proclamas y epístolas del condado, desde los años del rey Jaime I.

Así poco a poco, se hizo un auténtico experto y fue adquiriendo fama y prestigio entre los nobles y señores del reino, hasta el punto que era llamado en repetidas ocasiones para conciliar cuitas y querellas entre nobles y para impartir justicia en nombre del Rey nuestro señor. Todo el mundo lo respetaba porque si bien era un hombre de corta estatura, que el mitigaba llevando siempre botas, todo el mundo admiraba su sabiduría y su sentido común.

Su maestro iba envejeciendo al tiempo que Mario fue madurando, aunque habida cuenta su condición plebeya y además siendo foráneo, no lo tuvo nada fácil y sabía que nunca podría ser magistrado. Tuvo que conformarse con su condición de *mediador*, que era como se conocía su oficio en la época, una especie de juez de paz, aunque de hecho realizara en gran parte similares funciones. También en aquellos tiempos, el origen y la alcurnia ponían los límites entre las clases sociales, de forma que no era nada común ni bien visto que pudieran mezclarse entre ellas.

No obstante, Mario llegó a casarse con la hija de un cortesano, un varón de escaso renombre, cuya mejor posesión era una hija doncella, hermosa y buena que le dio dos hijos, su prestigio laboral iba unido a la capitalización de un pequeño patrimonio, que le permitió tener casa propia y bienestar.

La vida de Mario, se había estabilizado y todo parecía funcionar maravillosamente cuando unos hechos cambiaron su destino para el resto de sus días.

Habían pasado casi veinte años desde que cruzara las murallas, cuando se había producido un conflicto de intereses entre los condados de Barcelona y Cardona, el problema tenía que ver con el vasallaje de unas tierras lindantes de escasa entidad que se disputaban entre ambos nobles, en realidad el Señor de Barcelona quería mantener a toda costa su autoridad, pero el poderoso Vizconde de Cardona la disputaba alegando derechos de conquista. En realidad, el motivo del litigio era una pequeña ermita ubicada en tierra de nadie y que tenía cierta protección clerical por parte del obispo de Barcelona, después fue deshabitada y algo olvidada y posteriormente ocupada por un monje del alto Cardener que pidiera la custodia de Hugo Folch, señor de Cardona.

Por la cuantía y escasa importancia del litigio, fue elegido y enviado Mario en comisión real, hasta el castillo de Cardona. Al conocer la noticia se le iluminaron los ojos, ya que hacia casi 20 años que no pisaba estas tierras que fueron las suyas, en realidad Mario se sentía adoptado por Barcelona y su maestro el magistrado y la distancia por una vez contribuyó al olvido, especialmente en aquellas cuestiones que interiormente se desean olvidar para siempre.

Pero los vagos recuerdos de su infancia y adolescencia, la relación con su madre, las ausencias de amigos, todo estaba en su vida, sin embargo Mario nunca se sintió vacío porque el sentirse vivo, simplemente ser como era le había dado sentido a todo lo que estaba haciendo, tal como le anticipó la vieja hechicera.

Cuando cruzó el Pont del Diable por el camino de levante, alzó los ojos hacia el imponente castillo, montaba su propio caballo, llevaba su propia corte y lo esperaba una pequeña embajada de jinetes uniformados para llevarlo a presencia del Señor de Cardona, al que sólo había visto de lejos y sin atreverse a mirarlo como era habitual en su infancia.

Fue saludado con los honores y el protocolo de la época y alojado en la zona de invitados ilustres frente a una formidable torre llamada torre de la Minyona, después la cena palaciega en un entorno distendido, departiendo con sus «colegas» magistrados del condado sobre cuestiones de procedimiento que les afectaban.

Al día siguiente se reunieron para dirimir el conflicto, se expusieron las razones por ambas partes, siempre con documentos y hechos que testimoniaban los respectivos derechos, al parecer no existían caminos intermedios, se trata de uno u otro derecho sin más.

Analizada la situación motivo de litigio, vio que no tenía mayor importancia, más que el simple prestigio, por tanto preguntó a los condes de Cardona cuál era el precio que habían tasado por aquella supuesta propiedad. En aquel tiempo casi todo se reducía a pagos de tributo, los de Cardona, que no esperaban esta situación, indicaron que era muy difícil fijar un precio, que debería tenerse en cuenta las limosnas de los fieles que habían pagado su construcción y sufragaban los gastos de conservación.

—Pero, ¿podrías decir qué precio supone todo esto?

Y todos respondieron que era imposible, porque nunca había sido tasada ya que las ermitas no pagaban tributos.

Entonces Mario dijo:

—Si no tiene un precio es que no tiene valor y si no lo tiene para vosotros, mi poderoso Señor se ocupará de protegerlo, porque se dice que los nobles tienen derecho sobre aquellas fincas tasadas de las que pagarán una parte de los tributos que percibieran al Rey, sin tasa no hay tributo y sin tributo no hay finca, por tanto no hay motivo de disputa.

—No obstante, —prosiguió Mario, es lo justo que siendo la ermita la casa de Dios, no debiéramos los mortales por muy nobles que fuéramos pedir cuentas al Señor, dejemos que los monjes se ocupen de su conservación, contribuyamos ambos con nuestras limosnas a su mantenimiento y extendamos su protección por igual, turnándonos cada año y dejando esta obligación a los sucesores.

Todos se quedaron admirados ante la forma de resolver el conflicto, porque de pronto, ya no existía pleito ni conflicto alguno, no había derecho de propiedad y la tutela correspondía por igual a ambas partes, se había acabado el problema y había triunfado el sentido común.

En la tertulia que siguió al ágape Mario comentó que, a menudo, la gente intenta resolver los problemas, buscando la solución entre las causas

que han originado el problema y puso como ejemplo un gran nudo que pretende resolverse tirando ambas partes de los extremos de la cuerda, siendo el resultado un nudo más fuerte, resistente y difícil, en cambio si la cuerda de esparto se deja reblandecer en una olla con sales, al poco rato pierde su resistencia y acaba cediendo, hay que recurrir a otros caminos, no sabía que esto mismo lo dirían algunos genios de la creatividad en los siglos venideros.

Estaba preparando el viaje de retorno, cuando uno de los magistrados fue a solicitar su colaboración, ya que tenía un asunto que le competía directamente y no le parecía ético intervenir por ser arte y parte.

El motivo del litigio consistía en tener que decretar un desahucio, ya que no cobraba las rentas de una casa vieja de labranza de la que era propietario en la aldea, el inquilino no le pagaba porque según decía tuvo que realizar reparaciones y había gastado todo el dinero, además la cosecha había sido mala, no obstante al magistrado no le gustaba recuperar la propiedad de esta forma y echar a una familia a la calle.

Le pedía a Mario que examinara el caso y le diera una solución.

Personados el deudor y la esposa, se dio cuenta de inmediato que estaba embarazada, lo que hacía más difícil la cuestión pero iniciado el juicio le preguntó al demandado que se mantenía cabizbajo su nombre y éste levantó la cabeza y dijo Juan.

Mario se quedó paralizado y perplejo, porque tenía delante a su propio hermano. Disimulando como pudo su sorpresa, escuchó las razones y se reservó unas horas para dictar sentencia.

Realmente tenía un problema, porque sí concedía una moratoria podría pensarse que estaba protegiendo a un hermano y sin duda se sentía en la obligación de anunciar éste hecho. Por otra parte si delataba su condición de ser parte interesada del asunto, el hermano sería irremisiblemente condenado y si aplicaba en interés de la justicia la resolución más lógica, su conciencia le impediría mantenerse en paz consigo mismo.

Por tanto decidió ir al magistrado y le preguntó:

— ¿A cuánto asciende el crédito que tiene contra este hombre?

—Son ciento quince monedas, —respondió.

—¿Cuánto tiempo estáis dispuesto a esperar?

—Llevo esperando muchas semanas, por tanto, sólo dejaré pasar esta noche, —respondió.

Al atardecer Mario salió del castillo envuelto en una capa que le cubría la cara para no ser reconocido y bajó a caballo hasta la aldea que conocía de memoria, tomando por prudencia todos los atajos posibles, pasó delante de la casa de su madre y la observó detrás de los cristales, permitiendo que una lágrima se escapara por sus mejillas, hizo el ademán de bajar y entrar pero reaccionó a tiempo, pensando que no era lo más oportuno en aquel momento.

Siguió hasta la casa de labranza del hermano, llamó a la puerta y disimulando como pudo su voz y aspecto exclamó:

—Busco a Juan el hijo de Jaumot y María de Cal Tort, tengo algo para él.

—Yo soy, —contestó el aludido.

Y Mario depositó en su mano un paquete atado con la misma cuerda con que abrochaba sus calzones al salir de casa, así como la vieja manta raída que no quiso la hechicera y que siempre llevaba en las alforjas, tal como le había prometido y envuelto en terciopelo el amuleto con las ciento quince monedas, y solamente dijo:

—A mi ya no me hace falta.

Como es obvio, a la mañana siguiente la deuda fue pagada. Por lo que, sin causa, no hay juicio y sin juicio no había que dictar sentencia, y sin sentencia la conciencia sigue tranquila.

Nadie sabe del todo como acabó de verdad esta historia, unos dicen que finalmente Mario se presentó ante su familia, que obviamente lo acogió con inmensa alegría, otros dicen que se ocupó de que no les faltara nada a los suyos y siguió su vida en Barcelona donde vivió feliz muchos años.

Lo cierto es que en cuando entregó sus antiguos ropajes, el amuleto y las monedas a su hermano, le dio también la oportunidad de cambiar su vida, porque lo que se consigue si no se comparte no sirve para nada.

De este cuento había aprendido muchas cosas:

Hay muchos *marios* en nuestra sociedad, gente que viene de otros países como inmigrante, gente que sale de su entorno para buscarse una vida mejor, personas que quieren cambiar y especialmente muchas mujeres que han llegado al mundo del trabajo, para contribuir a mejorar la vida de los demás.

Cuando no tienes nada, no tienes nada que perder.

Si eres pequeño, feo y pobre, entonces, todo lo que consigas sólo te hará mejorar.

Que sólo conociendo tus limitaciones, eres capaz de descubrir tus posibilidades.

Una desgracia muchas veces se convierte en una oportunidad.

Todos necesitamos un pequeño signo, que nos ayude a ser fuertes, para la gente religiosa puede ser una medalla, para los enamorados una prenda de amor, para los animistas cualquier elemento natural, a los fetichistas les basta algo de sus ídolos, para otros el empuje de alguien querido, a veces, los recuerdos, pero a todos los demás nos queda la esperanza.

Hay que andar por la vida, observando todo lo que ocurre a nuestro alrededor, que es fácil aprender de todo, que los sentidos sirven para tener más información para captar, pero quizás, de todos ellos, el más importante sea poseer el sentido común.

Que no hay mejor justicia que intentar ser y hacer lo justo y esto sólo se consigue cuando nuestros actos están gobernados por cada uno de nosotros.

Nunca es demasiado tarde para poder aprender cosas nuevas.

A veces un par de botas, quizás no pueden hacerte más alto, pero si te hacen sentir mejor vale la pena comprarlas, al fin y al cabo, al primero que debemos gustar es a nosotros mismos.